

de la Exposición portuguesa. Los platos de Palissy, — es evidente — han inspirado esta cerámica: sólo que en Portugal se hizo más marítima aún, como si la impregnase el salitre y la bañase continuamente el oleaje de la costa.



EL ESTRENO DE «MARIANA», DE ECHEGARAY ]

Ó CUANDO LOPE QUIERE... QUIERE

I

TAL vez recordarán los lectores del NUEVO TEATRO CRÍTICO que hará cosa de medio año, hablando de dos obras de Echegaray que fueron un fracaso y un semifracaso (*El hijo de Don Juan* y *Sic vos non vobis*), alabé explícitamente el intento de buscar nuevos rumbos, de probar y tantear todos los géneros y de aventurarse por todos los caminos, pues estas tentativas, realizadas por un hombre del valer de Echegaray, si una vez son felices, pueden renovar nuestra escena en sus mismos manantiales. Al manifestar este criterio y refiriéndome á *Las vengadoras*, de Sellés, dije también que el pe-



ríodo crítico y angustioso que atraviesan nuestros teatros serios no ha de achacarse ni á falta de buenos dramaturgos ni á escasez de obras dignas de fama y encomio, sino á desvío del público, á la exclusiva afición que demuestra la gente aristocrática y rica al Real, y la gente de mediano estado, y también la encopetada, á los teatrillos por horas.

No tenemos aquí media docena de autores dramáticos de mérito sobresaliente: tampoco los tiene Francia, ni ninguna nación europea. No producimos aquí al año media docena de dramas ó comedias notables: tampoco Francia las produce. En ningún período—si exceptuamos aquel tan singular del siglo xvii en que á torrentes corrió nuestra vena dramática—se pudo afirmar que naciesen al año más de seis comedias buenas. Si examinamos las de aquel mismo período, las encontramos muy desiguales en mérito, y ante una crítica fina y despreocupada son contadas las que prevalecen. Restemos, en la actualidad, las originales y visionarias

obras de Tolstoy y de Ibsen, y á ver si se escribe algo en Europa que pueda ponerle la ceniza en la frente á lo bueno de por acá. Y hablo de Tolstoy y de Ibsen, porque en esos dos escritores veo algo raro y nuevo en cuanto á ideas, y en el primero cierta grandiosidad *sespiriana*. En lo relativo á forma, ingenio y habilidad, no les juzgo, porque á veces me parecen algo oscuros y laberínticos, particularmente Ibsen; acaso sea culpa de la traducción.

Siendo cierto que cada temporada dramática en España produce dos ó tres obras buenas y á veces buenísimas (recordemos que el año pasado nos dió *Realidad, Mar y cielo* y la refundición de *Las vengadoras*); poseyendo además, como poseemos, un repertorio inagotable de obras clásicas y románticas propias, admirables y célebres, convendrán conmigo los lectores imparciales en que si el teatro serio no pelecha aquí, sencillamente es porque al público—desde lo más alto hasta lo más bajo—no le da la gana de



asistir sino á la ópera, á las bufonías y á los frontones. No hablen de soñadas decadencias, — si no es que se refieren á la decadencia del paladar nacional.

Entre las condiciones que necesita poseer aquí un autor dramático literariamente serio y honrado, figuran en primer término la *paciencia* y la *perseverancia*. Decíame hace pocos meses cierta señora inglesa, que en Nueva York una cabeza y un brazo representan un capital, porque allí hay crédito sobrado y abundante numerario, y se cotizan los valores morales é intelectuales. — Aquí, en cambio, ni para la industria ni para el arte hay crédito. Admitamos que se desconfie del industrial ó del artista que no han mostrado todavía sus aptitudes; pero del que ya las probó reiteradamente se sigue desconfiando, y al menor desacierto se le declara en quiebra — se le entierra. Así sucedió á Echegaray el año pasado. Hubo quien le cantó el oficio de difuntos, sin perdonar antifona. No lo deploramos, porque tal vez el eclipse de su populari-

dad sirvió de estímulo al autor de *Mariana*.

Entendimiento singular, es también Echegaray una voluntad férrea, revestida de una capa de tenacidad apacible, más resistente que el diamante. Anticipándose á reconocer lo que al fin y al cabo había de probarle el tiempo; Echegaray comprendió que la dirección seguida en sus primeras producciones dramáticas no era sostenible, ni podía continuar recorriendo esa senda en triunfo, como antaño. Bastaba sin duda con lo adelantado por esa senda para la gloria duradera del último de nuestros dramaturgos románticos; pero no bastaba para que conservase en sus manos el cetro de la escena española. Si Echegaray se empeñase en continuar por donde comenzó, le pasaría lo que á Zorrilla, que, vivo, es hoy el más ilustre de nuestros muertos. Lo mismo que los políticos; lo mismo que los pensadores; lo mismo que los hombres de ciencia, van los escritores dentro de un tren que les arrastra: la sociedad camina.



y les lleva consigo. ¿No quieren seguirla? Pues atrás se quedan... y la sociedad sigue su marcha, sin cuidarse de recoger á los rezagados.

No admitió Echegaray ni la posibilidad de rezagarse. Bien sabía él que su escuela, la de los dos decenios de 70 á 90, atrás se había quedado, aunque muchos críticos, por ignorancia ó por rutina, siguiesen acusándole de atrevidísimo innovador y hablasen, con risibles aspavientos, del desenfrenado naturalismo que iba entronizándose en nuestra escena. Ese naturalismo, desenfrenado ó no,—el de entonces,—tampoco le caía en gracia á Echegaray. Quizá lo miraba con indulgencia en la novela: lo que no podía tolerar era que se hiciesen (verbigracia) dramas en cinco ó seis actos—citemos *L'assommoir*—en que fuese principal resorte dramático vicio tan innoble y tan plebeyo como la embriaguez. Bien veía Echegaray la necesidad de salir del eterno y sombrío círculo en que vivían aprisionados sus héroes, víctimas de la fatalidad, ator-

mentados por ideas como por verdugos; lo que no veía era el medio de transigir y aceptar soluciones modernistas, repulsivas para su temperamento é inadecuadas á sus facultades.

Entonces Echegaray, inquieto y azorado, subió á la atálaya y registró los cuatro puntos del horizonte. Ya estaba resuelto y bien resuelto á abjurar de sus creencias antiguas; lo que no sabía aún es ante qué altar debía arrodillarse. Como el héroe de Musset, decía: *J'invoquerais un Dieu, si je savais lequel*. Desde su observatorio divisó varios templos. El más próximo era el francés, donde oficiaban de pontifical Sardou, Augier, Dumas, y recientemente Daudet, Zola, Goncourt, propuestos á subyugar el teatro por medio de la novela. Más distante, el adoratorio de un genio, adoratorio envuelto en tinieblas, de las cuales brotan relámpagos: y Echegaray reconoció y saludó respetuosamente á Ibsen. Y á su lado la cueva de un solitario, de un Segismundo iluminado y profeta: Tolstoy,



grande hasta en sus extravíos. — Donde no vió nada Echegaray, — más que retoños de sí mismo, árboles que, aunque vigorosos, habían medrado á su sombra, — fué en la patria. Sin embargo, transcurridas unas horas, notó que brotaba un árbol nuevo, de especie desconocida. ¡Qué! ¡También en España la novela podía invadir las tablas, abriéndose calle, victoriosa, conquistadora! Echegaray reflexionó; reflexionó despacio, no en clásica actitud, barba en puño, sino como reflexionan los activos: á todas horas y en cualquier posición que esté el cuerpo.

Era evidente que los tiempos pedían algo que no fuese ni las burdas y peladas fórmulas del naturalismo de escuela á la francesa, ni podía tampoco ser, en España por lo menos, la apocalíptica visión de los países del hielo y de la eterna sombra. Además (notaba el sagaz auto-crítico), así como el drama había venido, en su tiempo, á desterrar las acompasadas y solemnes formas de la tragedia, ahora venía la risueña observación de la

vida á desterrar la perpetua y violentísima tensión del drama, sustituyéndolo por la *tragicomedia*, forma predilecta de Shakespeare, forma de nuestra inmortal *Celestina*. El resultado de las reflexiones de Echegaray fué resolverse á explotar mejor la vena cómica. Nadie ha olvidado que á esta resolución debimos *Un crítico incipiente*, que con todos sus lunares me parece revelación de facultades encantadoras que posee Echegaray y en que no había fijado nunca su atención el público. A esta tentativa siguió otra, en muy diferente sentido, pero con el mismo fin de exploración: *El hijo de don Juan*, inspirado en parte por los *Espectros* de Ibsen. Salió mal el ensayo, y con notoria sinrazón, en vez de limitarse á decir lisa y llanamente esto mismo, que el ensayo había salido mal, se atacó reciamente á Echegaray por la *mania* de buscar rumbos nuevos, y se le aconsejó que volviese á hacer el *Gran Galeoto* y hasta *En el seno de la muerte*, ¡que viene á ser tanto como aconsejarle que resucite al malogrado Rafael!...



Otra prueba más: *Sic vos non vobis*, tampoco mereció la aprobación del auditorio el día del estreno, aunque después, ligeramente modificada, se ha representado y aplaudido bastantes veces. *Sic vos non vobis*, más aún que *El hijo de don Juan*, era un síntoma del estado de conciencia de su autor, que sintiendo la opresión moral de tantos horrores, tantos conflictos, tantos pavorosos desenlaces, solicitaba ya algo idílico, plácido, sencillo, inefablementeroso, que adormeciese el alma. De mí sé decir que la comedieta de Echegaray me produjo una impresión grata, aunque no me satisfizo del todo. Acaso lo que más me agradó en ella, fué lo bien que demostraba la flexibilidad de un ingenio, del cual se creía que, sacándole de su peculiar manera, se daría por vencido. En *Sic vos non vobis* encontré una especie de perfume de esas pastorales donde el príncipe de los dramáticos, Shakespeare, solazó su pluma de bronce, su terrible pluma. Y me regocijé porque, después de *Un crítico incipiente*, *Sic vos*

*non vobis* seguía revelando el improbable trabajo evolutivo de la privilegiada mente de Echegaray.

No me regocijaba sin razón. El sazonado fruto de esa evolución es *Mariana*, joya estrenada con frenético aplauso, hace pocos días, en el teatro de la Comedia. *Mariana* es, dentro de esta que podemos llamar segunda manera de Echegaray, lo que á la primera el *Gran Galeoto*.

## II

Debe de haber puesto Echegaray en *Mariana* sus cinco sentidos y tres potencias, y además toda la experiencia del veterano en las lides dramáticas, y por eso, porque veo en *Mariana* la energía del artista decidido á *reencarnarse*, di á estas páginas expresivo subtítulo: